PERSISTENCIA Y CRISIS DE LA FRONTERA EN LA HISTORIOGRAFÍA NORTEAMERICANA

ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ

Hay pocos temas en la historiografía de los Estados Unidos que hayan recibido tanta atención como la frontera. Probablemente, no hay ninguno equivalente, pues la Guerra Civil fue un episodio de unos cuantos años —ciertamente con hondos antecedentes y prolongados consecuentes—, mientras que la frontera es un proceso de siglos que en muchos sentidos no ha concluido y sigue ofreciendo nuevos retos al país y a los investigadores.

El tema de la frontera de los Estados Unidos *(the American frontier)* es bastante más que historia, porque pronto se convirtió en una filosofía, en la representación ideal de una manera de ser o de querer ser de un pueblo. La frontera —como fenómeno humano y como interpretación académica— vino a llenar el vacío de una nación recién nacida, que se nutría de una corriente migratoria procedente de Europa. Los nuevos *americanos,* que habían roto sus vínculos con su patria y dejado atrás su propia historia y tradiciones, necesitaban afirmar su identidad nacional sobre una empresa común y unos mismos ideales. La frontera se presentaba como una oportunidad de libertad y progreso y un modo de diseñar un proyecto de vida; aunque esto último haya sido más obra de los intelectuales que de los pioneros, demasiado ocupados en la tarea de conquistar el Oeste y prosperar materialmente. Son los historiadores, en efecto, quienes con sus teorías e interpretaciones han tratado de racionalizar el fenómeno social hasta convertirlo en un fenómeno historiográfico casi tan rico en conclusiones como los propios hechos. Pretendo dejar constancia de esta realidad y señalar la alternancia de períodos de auge y de crisis por los que ha pasado esta corriente historiográfica en este siglo. Al final de

este ensayo aludiré a la *otra frontera* de los Estados Unidos, el Lejano Norte español[1].

La frontera se entiende generalmente corno un territorio marginal respecto de la metrópoli o de regiones nucleares de una sociedad en expansión. La frontera se define también como un espacio de encuentro e interacción entre sociedades con culturas diferentes. En estos territorios se produce con frecuencia el choque de una sociedad dominante con otras poblaciones que pasan a la situación de dominadas. La frontera es también escenario de conflictos entre potencias rivales. Todas estas posibilidades se dieron en los territorios más al norte de Nueva España o México, que posteriormente serían escenario del avance norteamericano hacia el oeste.

Una aproximación a la historiografía norteamericana sobre la frontera obliga a situarla en su contexto nacional, dentro del cual podemos distinguir tres campos. El primero en el tiempo y por el prestigio que goza entre los especialistas norteamericanos, es la «historia de los Estados Unidos» o *American history,* nacida y centrada en el Este, en Nueva Inglaterra. Es la historia nacional por antonomasia. El segundo campo es «la historia del Oeste» o *western history.* El tercer campo historiográfico nació como una rama de la *western history* para ocuparse de otra frontera y otras gentes que se habían adelantando en siglos a la marcha de los angloamericanos hacia el oeste. El creador de esta escuela fue Herbert Eugene Bolton a partir una obrita publicada en 1921, que sirvió para dar nombre a los espacios explorados y colonizados por los españoles. Es la historia de las *Spanish Borderlands*[2].

Por razón de espacio, me limitaré en este trabajo a la *western history, y* la primera gran cuestión que se nos presenta es la distinción entre *frontera y West,* dos conceptos que han provocado numerosas contribuciones opuestas o complementarias. Tal vez ha sido exagerado el interés por marcar la diferencia entre los dos conceptos, pero no puede ignorarse la polémica ni se puede entrar en el análisis de la historiografía sin tener en cuenta lo que hay tras la controversia. Es difícil, y puede ser inconveniente, separar dos realidades tan unidas en la historia de la frontera y, sin embargo, *frontera y West* no son conceptos idénticos. Por ello necesi-

1. El presente trabajo y otros que se mencionan a continuación responden a mi interés por la historia y antropología de la frontera: «El Lejano Norte español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands». CLAHR, Colonial Latin American Historical Review,* vol. 5, núm. 4, (1996), p. 381-412. «La frontera en América. Observaciones críticas y sugerencias», *Entre Puebla de los Angeles y Sevilla. Estudios americanistas en homenaje al Dr. José Antonio Calderón Quijano,* p. 475-494. Justina Sarabia Viejo et al., eds. Escuela de Estudios Hispano-Americanos y Univeesidad de Sevilla, 1997. «El fenómeno de frontera. y sus variables. Notas para una tipología», *Estudios Fronterizos,* Universidad de Baja California (en prensa).

2. Bolton, *The Spanish Borderlands. A Chronicle of Old Florida and the Southwest,* Yale University Press, New Haven, Conn., 1921.

tamos de ambos términos según las circunstancias de lugar y tiempo y el punto de vista académico desde el que se contemplen los hechos. Estos términos aparecen a veces en la bibliografía como si fueran sinónimos, y es cierto que en muchos casos *west y* sus derivados gramaticales no tienen un especial significado conceptual o espacial, sino que simplemente indican la dirección general seguida por la colonización angloamericana a partir de la costa oriental. Pero la confusión o la vaguedad existen, incluso cuando está claro que la referencia es a ese gran espacio llamado *American West.*

El fondo del problema está en la diferencia conceptual entre «proceso» y «lugar», de tal modo que unos autores centran su atención en la frontera en cuanto sucesión de fenómenos que ocurrieron en espacios cambiantes; mientras que otros, calificados de «regionalistas», se interesan por el Oeste como región o escenario de hechos que llegan hasta nuestros días. Para unos, el problema es definir qué fue y qué significó la frontera en la historia de los Estados Unidos; para otros, la cuestión es establecer unos límites geográficos e identificar una región con la claridad con que la historiografía norteamericana identifica regiones como Nueva Inglaterra y el Sur. Para los primeros, la frontera fue algo dinámico, movible, que empezó en las costas del Atlántico y tuvo su fin cuando el proceso alcanzó las costas del Pacífico. Para los regionalistas, la gran dificultad estriba en que el Oeste —*the American West*— es demasiado grande y demasiado diverso; un conglomerado de regiones naturales que se extienden al otro lado del Mississippi, pero sin que haya acuerdo a partir de dónde, pues hay quienes señalan como comienzo el propio río y otros proponen el meridiano 99 o el 100[3].

FREDERICK JACKSON TURNER Y LA FRONTERA

La historia de la frontera como gran tema de la historiografía norteamericana comienza con la comunicación que Frederick Jackson Turner

3. *Trails: Toward a New Western History,* editado por Patricia Nelson Limerick, Clyde A. Milner y Charles E. Rankin (University Press of Kansas, 1991), contiene varios e importantes trabajos críticos sobre la historiografía del Oeste, además de plantearse muy seriamente el presente y el futuro inmediato de este campo. En relación con los límites de la región y con la propia naturaleza de estos estudios, ver en dicha obra, Limerick: «What on Earth is the New Western History?», p. 81-88; Brian W. Dippie: «American Wests. Historiographical Perspectives», p. 112-136. Sobre la dificultad de precisar los límites del *American West* ver la introducción de Michael P. Malone a la obra colectiva *Historians and the American West,* p. 1-14, University of Nebraska Press, 1983, de la que es editor. En cuanto a los conceptos de «frontera» y «lugar», ver Ray Allen Billington: «The New Western Social Order and the Synthesis of Western Scholarship», en *The American West: An Appraisal,* p. 3-12, editado por Robert G. Ferris y publicado por Museum of New Mexico Press, Santa Fe, 1963. Muchos años después, la polémica continuaba como se advierte en el artículo de Gerald Thompson: «Frontier West: Process or Place?», *Journal of the Southwest,* vol. 29 (1987), p. 364-375.

(1861-1932) leyó en 1893 ante la American Historical Association reunida en Chicago. El título era «The significance of the frontier in American History», y no pudo imaginar su autor el impacto y las repercusiones que tendría su ensayo [4].

El Oeste ya había sido objeto de historia y literatura, pero en un tono tan popular y poco científico que puede afirmarse que Turner fue el creador de este campo académico; se ha dicho que fue el «inventor» de la frontera. Las excepciones en el siglo pasado se limitaban a los relatos de exploradores y viajeros, fuertemente influidos por prejuicios raciales —tanto referidos al indio como a la población hispana—, y por el sentido de superioridad y puritanismo que caracterizaba a estos individuos procedentes del este. Excepcional fue también la obra de autores como Adolph F. Bandelier (1840-1914) y Hubert H. Bancroft (1832-1918) que, curiosamente, fijaron su atención no tanto en lo que más tarde sería en términos generales el Gran Oeste sino en el Suroeste, incluyendo en el caso de Bancroft el norte de México. En las décadas inmediatamente siguientes a la Guerra Civil (1861-1865), el Oeste se vio como escenario de personajes con perfiles exagerados o de figuras legendarias que servían de base a una historia popular, a relatos de prensa y, muy especialmente, al género de novela barata *(the dime-novel Western)* de amplia circulación. Eran los tiempos de Kit Carson, Billy el Niño, Juanita Calamidad, Buffalo Bill, todos ellos popularizados más tarde por el cine norteamericano hasta convertirlos en personajes universales[5]. Se había puesto en marcha por aquellas fechas la leyenda del Salvaje Oeste, y estaban creados los protagonistas de una peculiar mitología. En las dos últimas décadas del siglo apareció la figura del *cowboy,* y fue en esos años cuando el tema del avance de la frontera y la historia del Oeste centraron el interés de un grupo de historiadores entre los que se contaba el joven Turner.

Un boletín del Superintendente del Censo de 1890 sirvió de punto de partida a la comunicación de Turner. Decía el boletín que el país tuvo hasta entonces una frontera de colonización, pero que en la fecha del informe, el área no colonizada se había fragmentado de tal manera en asentamientos aislados que difícilmente podía decirse ya que existiera una línea de frontera. El propio Turner concluía en el último párrafo de su comunicación que a cuatrocientos años del descubrirmiento de América, y después de cien años de vida bajo la Constitución, la frontera había desa-

4. Las versiones en español han sido muy tardías. Apareció por primera vez, junto con otros trabajos de Turner, en *La frontera en la historia americana,* con Prólogo de Guillermo Céspedes, Ediciones Castilla, Madrid, 1960. También, en *Estudios (nuevos y viejos) sobre la frontera,* edición de Francisco Solano y Salvador Bernabéu, CSIC, Madrid, 1991. Hebe Clementi incluyó este ensayo en *F. J. Turner,* Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968.

5. Richard W. Etulain: «Introduction. The Rise of Western History» en *Writing Western History. Essays on Major Western Historians,* University of New Mexico Press, 1991, editada por el propio Etulain.

parecido y con ella se había cerrado el primer período de la historia americana que, en gran parte, había sido la historia de la colonización del Gran Oeste. La existencia hasta entonces de un gran espacio de tierra disponible *(free land), su* continuo retroceso, y el avance de la colonización explicaban el desarrollo de los Estados Unidos. En este avance, la frontera había sido el margen exterior de la ola, el punto de encuentro entre el salvajismo y la civilización. Según Turner, la frontera americana se distinguía claramente de la frontera europea, que había sido una línea fortificada a través de tierras densamente pobladas. Por el contrario, la frontera americana corría a lo largo del límite de las tierras abiertas a la colonización. Al principio, la frontera estuvo en la costa atlántica y era, en realidad, la frontera de Europa. Al trasladarse hacia el oeste, la frontera se hizo más y más *americana.* Década tras década, se produjeron avances a través de una sucesión de límites naturales, desde la línea de las cataratas en el siglo diecisiete, los Montes Allegheny en el dieciocho, el Mississippi en el primer cuarto del siglo diecinueve, el Missouri a mitad de siglo, la cordillera de las Rocosas... Las condiciones naturales y las diferencias en el tiempo habían producido también distintos tipos de frontera y de economías.

De la comunicación de Turner podemos extraer dos ideas fudamentales y concatenadas. La primera es la importancia de la existencia de *«free land»,* expresión que hay que entender como tierra gratis, o tierra barata y fácil de adquirir, o tierra no ocupada, pues la ocupación por parte de los indios o de los españoles no contaba para el pionero que venía del este. Según esta interpretación, toda *América* (para ser exactos, lo que hoy son los Estados Unidos) fue por algún tiempo *free land* y, por tanto, frontera. La visión que los Estados Unidos tenía por entonces del territorio americano era tan etnocéntrica y subjetiva que el mismo Turner reconocía —y ello no era obstáculo para su contradictoria definición de *«free land»*— que cada una de las grandes y sucesivas líneas de la frontera fueron ganadas por medio de una serie de guerras con los indios. La declaración del Superintendente del Censo sirvió a Turner para dar también por terminado un proceso histórico. Al mismo tiempo, empezaba una tradición historiográfica que acaba de cumplir su primer centenario. La segunda idea de Turner, consecuencia de la primera, es que las condiciones de vida en la frontera moldearon el carácter nacional, dieron forma específica a las instituciones, favorecieron el desarrollo y promovieron la democracia.

En las primeras décadas de nuestro siglo, cuando Turner gozaba ya de un prestigio que le llevó a ocupar en 1910 una cátedra en la Universidad de Harvard y la presidencia de la American Historical Association, la historia del Oeste tomó cuerpo y forma dentro de la historiografía norteamericana. El gran tema era la «tesis» de Turner, también llamada «hipó-

tesis», sin que los autores dejen claro cuál es la diferencia o si los dos términos se usan como sinónimos. Lo cierto es que Turner no elaboró mucho a partir de su famosa comunicación de 1893, y que los miles de libros y artículos que se han escrito durante los últimos cien años a partir o alrededor de su ensayo rebasan con mucho sus pretensiones al articular unas ideas que, por otra parte, estaban en el ambiente de la época.

Tras unos primeros años de indiferencia, la hipótesis de Turner alcanzó general aceptación y se mantuvo en una posición dominante hasta los años treinta, los años de la Gran Depresión, hasta el punto de que la American Historical Association fue considerada como una gran asociación *turneriana.* La reacción se produjo entre las décadas de los treinta y los cincuenta por parte de jóvenes historiadores que trataban de conseguir reputación sumándose con sus críticas a los anti-turnerianos. Las cosas cambiaron de nuevo y la «tercera generación» de los que se interesaban por la hipótesis de la frontera se mostró más ocupada en probar que en glorificar o rechazar las teorías de Turner [6]. En esos años, como en otros, se mezclaban dos cuestiones muy próximas pero distintas: los méritos o deméritos de las ideas de Turner y la importancia del Oeste dentro de la historia de los Estados Unidos.

OTROS HISTORIADORES DE LA FRONTERA

Otros estudiosos del Oeste destacaron en la primera mitad del siglo sin que tomaran necesariamente una posición especialmente comprometida ni combativa respecto de las ideas de Turner. Es general el reconocimiento de Herbert E. Bolton (1870-1953) y de Walter Prescott Webb (1888-1963), junto con Turner, como los padres fundadores de una historiografía de la frontera y del Oeste verdaderamente seria[7]. Bolton creó —o inventó, a la manera que había hecho Turner con la frontera de los Estados Unidos— un campo de investigación que él llamó las *Spanish Borderlands* o espacio de actuación española en lo que hoy son territorios de los Estados Unidos. Era como otra frontera dentro del Gran Oeste. En sentido historiográfico, se trataba de una rama del gran tronco del *American West,* aunque en la práctica profesional y académica hay demasiada diferencia o distancia entre los *westerners y los borderlanders.* En efecto, los primeros nunca han prestado atención a esta otra frontera que, en realidad, fue primera en el tiempo, pero abierta por los españoles y no por la colonización angloamericana. Webb, por su parte, siempre perteneció a la corriente del *American West y* tuvo muy en cuenta la influencia del

6. Billington: *The Genesis of the Frontier Thesis. A Study in Historical Creativity, pp. 3-4,* The Huntington Library, San Marino, Cal., I971.

7. Malone, obra citada en nota 3.

medio natural, factor tan subrayado por Turner. En efecto, Webb señaló la aridez como la característica definidora de un espacio geográfico que él llamó las Grandes Praderas, título de su obra más importante[8].

BILLINGTON Y LOS PRIMEROS GRANDES CRÍTICOS

En 1961 se celebró en Santa Fe (Nuevo México) una conferencia sobre estudios del Oeste. Al año siguiente hubo otra reunión en Denver (Colorado). Era la consolidación de la Western History Association, cuyo primer presidente fue Ray Allen Bilington (1903-1981), el más entusiasta de los seguidores de Turner y su mejor biógrafo. Billington se mostró optimista en cuanto al futuro de los estudios sobre el Oeste a la vista de estos acontecimientos académicos, y se manifestó conciliador ante las culpas y pecados de unos y otros. Tenía la esperanza de que los representantes de las dos escuelas —la escuela de la historia de la frontera y la escuela de la historia del Oeste— podrían beneficiarse mutuamente si trabajaban codo con codo. Opinaba que los regionalistas, mirando cara a cara a los entusiastas teóricos, podrían aprender de éstos que los hechos adquirían nuevos significados a través de la generalización y la interpretación. Y los teóricos, al salir de sus nubes especulativas, podrían aprender que los historiadores que dominan los hechos poseen un mundo de información con la que probar o refutar las generalizaciones [9].

Unos años antes, a poco más de medio siglo de la comunicación de Turner, Billington había desconfiado de que se resolviera algún día la disputa sobre si el hombre en América (entiéndase una vez más, Estados Unidos) era tanto un producto de la singular naturaleza del continente como de su herencia europea. El más reputado de los seguidores de Turner no hacía en la década de los cincuenta una defensa a ultranza de la tesis sino que ofrecía matizaciones. Billington admitía en aquellos años que pocos historiadores aceptarían literalmente la declaración de Turner ya que las modernas teorías sobre causas múltiples les forzarían a reconocer que la civilización *americana* era resultado de una variedad de factores, incluyendo la herencia europea, el impacto mundial y las contribuciones de muchos grupos nacionales y étnicos representados en la población de los Estados Unidos. Su posición moderada se reflejaba en su conclusión de que a pesar de todo, la pregunta seguía en pie: ¿Fue el medio natural, que Turner había subrayado, un factor principal en la creación de las peculiares instituciones de los Estados Unidos y de las características

8. Webb: *The Great Plains,* Ginn and Co., Boston, I931. Del mismo autor, *The Great Frontier,* University of Texas Press, I964, originalmente publicada en I952.

9. Billington: «The New Western Social Order and the Synthesis of Western Scholarship», **p. 11,** citado en nota 3.

únicas de su población? O, como algunos mantenían, ¿es la civilización americana sólamente una civilización europea trasplantada, modificada ligeramente por las cambiantes condiciones mundiales y el impacto de grupos extraños?[10].

Pero fue precisamente en esta década de los cincuenta cuando otros prestigiosos historiadores comenzaron a presentar serias objeciones a las ideas de Turner. Henry Nash Smith publicó en 1950 *Virgin Land. The American West as Symbol and Myth,* título ya bastante expresivo. Earl Pomeroy argumentaba en contra de las estrechas limitaciones del enfoque turneriano y recomendaba a los historiadores del Oeste ensanchar sus conceptos y metodología. Pomeroy subrayó las continuidades sociales y culturales y la capacidad de imitación de la frontera, así como el papel de las ciudades en la conformación del Oeste [11].

NUEVOS TEMAS PARA VIEJOS TIEMPOS

Michael P. Malone, editor de un libro que ha marcado un hito en la historiografía del *American West* [12], opina que en el cuarto de siglo anterior a la edición de esta obra colectiva (aproximadamente desde el final de la década de los cincuenta a los primeros años ochenta) se produjo una verdadera transformación de la historia del Oeste, con una vasta expansión y enriquecimiento de este campo de investigación. Malone señalaba el creciente interés por ciertos temas, y de ello eran prueba las contribuciones que aparecían en el propio volumen: la mujer, la familia, la historia social, la historia urbana, la historia étnica. En cuanto a nuevas posibilidades, ninguna le parecía más prometedora y estimulante que la comparación de la frontera americana con las fronteras de Roma, Rusia, China, Australia o de otros estados en expansión.

La frontera seguía siendo a principios de los años ochenta un tema vivo y pujante, pero iban quedando a un lado puntos tan turnerianos como lo rústico o campesino frente a lo urbano; la visión idealizada, casi mítica del Oeste; la influencia de la frontera sobre la gran sociedad nacional (el Oeste sobre el Este, y no al revés); y se comenzaban a llenar huecos tan importantes como el papel de la mujer y los grupos étnicos. Malone se preguntaba en su «Introducción» sobre la identidad y homogeneidad del Oeste en comparación con otras regiones de los Estados Uni-

10. Billington en la introducción a *The Far Western Frontier, 1830-1860,* Harper & Brothers, New York, 1956.

11. Smith: *Virgin Land. The American West as Symbol and Myth,* Harvard University Press, 1995 (primera edición, 1950). Pomeroy: «Toward a Reorientation of Western History: Continuity and Environment», *Mississippi Valley Historical Review,* 41 (1955), p. 579-600.

12. Malone, ed.: *Historians and the American West,* citado en nota 3.

dos, cuestión que no ha dejado de estar presente en la historiografía norteamericana. A ella va unida otra cuestión no menos persistente como es el sentimiento y la actitud de los *westerners* ante la superioridad en que se colocan los historiadores de la llamada *American history* o historia nacional. En efecto, la historia del Oeste ha sido calificada de provinciana *(parochial),* anticuaria, no sofisticada, narrativa, romántica; se le ha acusado de ocuparse de aspectos triviales, mientras que cualquier tema menor de la historia de Nueva Inglaterra parece que se justifica por la superior categoría de esta región respecto del Oeste. Malone —como resulta inevitable en todo tratamiento general de la historiografía de la frontera y del Oeste— se refiere en su ensayo a la tesis de Turner y señala que después de la Segunda Guerra Mundial tuvo un resurgimiento y todavía sigue viva, especialmente entre los historiadores que la han modificado, refinado y situado en un contexto creíble de factores históricos múltiples que dieron forma a la civilización americana.

LA *NEW WESTERN HISTORY*

El libro editado por Malone en 1983 y otros títulos que le siguieron en la década de los ochenta contenían bastante más que una revisión de lo que había sido la historia del Oeste. Se estaba fraguando un movimiento revisionista que ha tomado el título de *New Western History (NWH).* La obra colectiva más caracterizada y representativa de este movimiento es *Trails: Toward a New Western History* [13], cuyo primer texto correspondió a un simposio organizado en relación con una exposición inaugurada en Santa Fe en 1989. A los cuatro autores inicialmente invitados se les pedía que considerasen qué era la *NWH,* cuál había sido hasta entonces su impacto en la historia del Oeste, y adónde podía llevar en la década de los noventa y más allá. Los editores concluían que esta historia estaba participando plenamente de la constructiva tensión producida por el disenso y el desacuerdo. Observaban que los investigadores están sometiendo lo viejo y familiar a nuevas evaluaciones, explorando nuevos y diferentes horizontes en todas las direcciones. Mientras algunos reevalúan la experiencia de los siglos dieciocho y diecinueve, otros están poniendo los cimientos para la comprensión del siglo veinte [14]

Para los editores del volumen es inequívoca la influencia de las nuevas perspectivas que se originaron en la década de 1960. La nueva atención a la diversidad étnica y racial no sólo refleja el rechazo a la homogeneidad del *melting pot* sino que representa la extensión lógica de nociones de pluralismo social y cultural, que por primera vez adquirieron

13. Limerick et al, eds., citada en nota 3.
14. «Preface» en *Trails: Toward a New Western History,* p. ix-xv.

pleno poder político en la década de los presidentes Kennedy y Johnson. Señalan también el nuevo interés por la interacción histórica de la humanidad con el medio físico, y la preocupación ante la fragilidad ecológica, que también por primera vez salió a la superficie hace un cuarto de siglo. Igualmente, subrayan la explosión bibliográfica sobre la historia de la mujer iniciada al final de los años setenta, hasta el punto de que las mujeres se han convertido en una parte esencial de la historia del Oeste. Lo mismo ha ocurrido con los grupos étnicos y raciales. En consecuencia, complejidad cultural y social en vez de la simplicidad arquetípica del hombre blanco. En lugar de una sóla ola de anglos moviéndose hacia el oeste, una serie de olas —predominantemente de anglos pero no sólo anglos— que se encuentra con otras: una hispánica que viene del sur; otra asiática que procede del Oriente. Y en medio de todo, culturas indígenas americanas resistentes y dinámicas.

Quizá lo más importante, en opinión de los editores de la obra que comentamos, es que la *NWH* ofrece una visión más equilibrada del pasado al incluir fracaso y éxito, derrota y victoria, simpatía, bondad y maldad, desesperación al igual que peligro, coraje y heroismo, mujeres y hombres; grupos étnicos diversos y sus distintas perspectivas, y no sólo blancos anglosajones protestantes; un medio natural que limita y con el que se interactúa, y que a veces se dilapida además de dominarlo y hacerlo florecer; una economía provinciana *(parochial)* alternativamente estimulada y abandonada por un orden nacional y mundial interdependiente. Y, finalmente, una identidad regional así como una frontera ética.

Tras una breve alusión a Turner, criticado fuertemente por haber legado lo que muchos historiadores consideran una camisa de fuerza interpretativa, los editores del volumen de referencia dicen que debemos recordar que no sólo fue Turner un hombre de su tiempo, como él mismo reconoció, sino que fue quien dijo que cada generación interpreta de forma nueva la historia que, por tanto, no puede ser nunca estática, escrita de una vez por todas, pues uno de sus objetivos más altos es hacer utilizable el pasado. Si la *NWH* —concluyen los editores— no hiciera más que esto, ya nos ayuda a considerar lo viejo y familiar de maneras distintas y, con suerte, estas nuevas perspectivas serán importantes en relación con nuestro tiempo.

Es evidente que en estos últimos años del siglo veinte, cuando se cumple el centenario de la comunicación de Turner, se ha abierto la crisis más importante de la historiografía del Oeste, dicho lo de crisis sin el sentido peyorativo que generalmente se asocia al término. La *New Western History* se nos presenta como el gran frente de un movimiento renovador, incluso revolucionario. De algunos de sus protagonistas recogemos a continuación opiniones que expresan su posición y sus expectativas.

Patricia Nelson Limerick [15] afirma que los historiadores de la *NWH* definen al Oeste principalmente como un lugar, la región más allá del Mississippi, y realmente observan un proceso que ha afectado a otras partes de la nación y también del planeta. Limerick vuelve a la vieja cuestión, y aunque hace compatibles los conceptos de «lugar» y «proceso», dice también que la *NWH* rechaza el viejo término de «frontera» como calificativo de ese proceso, pues cuando se define con claridad y precisión, el término es nacionalista y con frecuencia racista; en definitiva, la frontera aparece como el área donde la presencia del hombre blanco es escasa. Y cuando del término frontera se elimina su etnocentrismo, deja de ser una definición exacta. Los historiadores de la *NWH* disponen de otros términos tales como invasión, conquista, colonización, explotación, desarrollo, expansión del mercado mundial. Según ellos, no hubo un final claro de la frontera americana en 1890 o en cualquier otro año, sino una continuidad que no han roto los intentos por dividir el *«old West»* del *«new West».*

Malone [16] advierte de la existencia en los últimos años de una reconfiguración de la historia del Oeste, a la que considera una subdisciplina de la historia de los Estados Unidos. Se pregunta en qué consiste dicha reconfiguración y esto le lleva a otra pregunta que, según él, es fácil de responder: ¿Qué es la *«Old Western History»?* La historia tradicional del Oeste es esencialmente historia de la frontera con una fuerte preocupación romántica por el desierto *(wilderness),* los indios y los pioneros, y por la aventura de conquistar una tierra tras otra. Turner proporcionó el imán conceptual de esta historiografía, pero no fue un historiador del Oeste sino de la frontera. El más grande de los verdaderos regionalistas fue Walter Prescott Webb, aunque demasiado preocupado con la frontera, por lo que sus escritos reforzaron la inclinación turneriana en vez de desafiarla. Para Malone, la faceta más interesante de la actual historiografía es la búsqueda de un paradigma post-turneriano aplicado al estudio regional. Este paradigma regional debe ser multifacético, no singular, y su búsqueda no tiene que ser un rechazo absoluto a la preocupación de Turner y Webb por la frontera; pero ciertamente requiere la ampliación y el enriquecimiento de un foco que en sí mismo es demasiado estrecho. Esto es lo que en su opinión está ocurriendo, y se llame o no *New Western History* a este florecimiento, su conclusión es que se trata verdaderamente del nacimiento de una auténtica historiografía regional, un fenómeno indiscutiblemente genuino.

15. Limerick: «What on Earth is the New Western History?», en *Trails: Toward a New Western History,* p. 81-88.

16. Malone: «The «New Western History,» An Assessment», en *Trails: Toward a New Western History,* p. 97-I02.

El segundo ensayo de Malone en el mismo volumen es, en muchos sentidos, continuación y reiteración del anterior [17]. Malone se hace eco de las persistentes críticas que a lo largo del tiempo han sufrido los estudios sobre el Oeste. Y una vez más, parte de Turner y Webb para mencionar a continuación a los grandes críticos de Turner (Henry Nash Smith y Earl Pomeroy), aunque al mismo tiempo la tesis de Turner resistía por aquellos años gracias sobre todo a la obra de Ray Allen Billington. Malone se pregunta si aparte de las clásicas interpretaciones de Turner y Webb hay otros modelos establecidos que podrían tener la clave para un nuevo enfoque regional. Algunos podrían argumentar en favor de una mirada diferente a las influyentes obras de Herbert Eugene Bolton, tanto las que destacaron la importancia de las *Spanish borderlands* (Suroeste español-mexicano) como las que hablaban de una unidad más amplia en la historia hemisférica. Malone concluye que ninguno de estos dos enfoques parece ofrecer una interpretación fructífera del Oeste. Al final de su análisis, considera que lo más lógico es buscar el modelo interpretativo apropiado para la historia regional mediante la identificación en primer lugar de los factores que en verdad hacen del Oeste una región. A efectos de discusión, propone cuatro lazos fundamentales de identificación regional: la aridez; la confianza extraordinaria en el gobierno federal (dependencia); la resistencia y el aura que conserva la experiencia de la frontera; y la dependencia todavía fuerte de las industrias extractivas. Su resumen es que el mayor de todos los retos para los historiadores del Oeste, como para otros regionalistas, es dibujar los contornos de una nueva síntesis que debe reemplazar a las viejas interpretaciones que, aunque siguen conteniendo considerable verdad y relevancia, no pueden explicar las complejidades de una región diversa y cambiante.

Termino esta revisión de *Trails: Toward a Nerw Western History* con una referencia a los ensayos de Donald Worster, Elliott West y Brian W. Dippie. El trabajo de Worster («Beyond the Agrarian Myth») es, desde su mismo título, fuertemente desmitificador [18]. Ha habido muchos mitos sobre el Oeste pero el principal fue una historia acerca de gente sencilla y rural, gente corriente, que se introducía en una tierra extraordinaria para iniciar una vida pacífica y productiva. En este lugar, la naturaleza humana se elevaría por encima de su vieja vileza y depravación hasta alcanzar una nueva dignidad. Desde el principio, el mito agrario estuvo lleno de insolubles contradicciones pues la civilización encontraría en esta región su siguiente y más alta encarnación; al mismo tiempo, el Oeste ofrecería un lugar para escapar de la civilización. En opinión de Worster,

17. Malone: «Beyond the Last Frontier: Toward a New Approach to Western American History», en *Trails: Toward a New Western History,* p. 139-160.

18. Worster: «Beyond the Agrarian Myth», en *Trails: Toward a New Western History,* p. 3-25.

una de las percepciones más importantes de Henry Nash Smith fue que la tesis de Turner sobre la frontera brotó directamente del mito agrario sin dejar nunca de creer que la vieja historia era literalmente verdad. Destaca Worster las conferencias de Santa Fe (1961) y Denver (1962), y la creación de la Western History Association, cuando por primera vez el Oeste tomaba una forma clara y concreta, esencialmente el área que va desde los estados de las Grandes Praderas hasta la costa del Pacífico. Pero aunque reconocían que el Oeste era un lugar real, y no el paisaje vago y mítico de la colonización que Turner tenía en su mente, los historiadores de la postguerra tendieron a debilitar la idea de que había algo radical o distinto acerca de él. Las palabras claves para esta generación seguían respondiendo a los clichés nacionales de expansión, desarrollo, crecimiento en transporte, inversiones, población, urbanismo. Esta idea de crecimiento era incompatible con las fantasías agrarias que miraban hacia atrás, y la generación de la postguerra se enfrentó a esta contradicción arrojando por la ventana al viejo agrarismo mítico. Lejos de suponer una forma de escapar de la historia, lejos de ser un lugar para idealistas y románticos, insistieron en que el Oeste era urbano y progresista. Como reacción a la idea de Turner de un regreso en el tiempo, estos historiadores, liderados por Earl Pomeroy y Gerald D. Nash, descubrieron el siglo veinte. El Oeste no había terminado de repente en 1890 con la desaparición de la frontera, sino que en ese punto estaba sólo al comienzo de su ascenso. A pesar de todo, Worster es crítico con esa generación en la que todavía quedaba algún elemento mítico. Lamenta que algunos historiadores se mostrasen felices mientras el resto de los historiadores del mundo se enfrentaba a los horrores del Holocausto, a la infamia de la esclavitud sureña o a las satánicas fábricas de la industrialización mundial.

En las dos últimas décadas —sigue la argumentación— ha aparecido la *NWH* con el propósito expreso de enfrentar y comprender los defectos radicales del pasado. Opina Worster que estamos comenzando a conseguir una historia que está más allá del mito, más allá de la conciencia tradicional de los conquistadores blancos, más allá de una primitiva necesidad emocional de héroes y heroínas, más allá de ninguna necesidad oficial de justificar o legitimar lo que pasó. Y entre los argumentos más importantes que presenta la nueva historia, Worster menciona la obligación de dar voz a los pueblos del Oeste que fueron invadidos y sometidos; el reconocimiento de que hubo un ataque cruel a la naturaleza, que ha dejado tras sí mucha muerte, agotamiento y ruina. El Oeste ha sido de hecho un escenario de luchas intensas por el poder y la jerarquía, no sólo entre razas sino también entre clases, entre géneros, y entre otros grupos dentro de la sociedad blanca. Finalmente, Worster espera de los nuevos historiadores del Oeste unas actitudes y comportamnientos que me parecen apuntar más

a un compromiso de orden ético y moral que a un proyecto metodológico.

Elliott West [19] no está de acuerdo con los que afirman que una gran parte de la *NWH* no es realmente nueva y mucho de lo que es nuevo no es realmente historia. Admite West que muchas de las nuevas tendencias ya las adelantaron otros autores y que, ciertamente, los historiadores de hoy están tomando prestado de varias disciplinas, entre ellas antropología, economía, psicología, ciencia del medio ambiente, literatura, arte. Sin embargo, opina que algo nuevo está ocurriendo; nuestros ángulos de visión están cambiando, nuestra comprensión se está ensanchando. Sea lo que sea, la visión imperante del pasado del Oeste ha cambiado más en los últimos diez años que en los noventa anteriores. Este cambio se produce, según West, a través de tres vías de investigación. En primer lugar, los historiadores están reexaminando los grandes temas que explican el «qué» y el «cómo» del Oeste y su pasado; cuáles son los rasgos definidores de la región. Se reduce o se niega por completo la importancia de la frontera como experiencia colonizadora europeo-americana, que ha dominado casi totalmente la historia del Oeste. Ahora, la frontera es a lo más un capítulo de una historia más larga, más compleja y más interesante. Una segunda línea de investigación actúa desde abajo hacia arriba con una mirada fresca a las circunstancias. Es una reconstrucción de lo básico comenzando por el «cuándo» y el «quién». No sólo el intrépido *pioneer* sino su familia; y también las esposas indias de los tramperos y comerciantes, todos los grupos étnicos, los dos sexos y todas las edades. No todos los colonos invasores fueron hijos de Albión con ojos azules, y hay que estudiar a cualquiera que haya vivido en el Oeste y durante el tiempo que haya vivido. Al leer viejos textos es fácil sacar la impresión de que los indios y los hispanos sólo fueron importantes como barreras de los valientes hombres de la frontera. La nueva historia propone que pensemos en el Oeste como una tierra bañada por oleadas sucesivas de inmigrantes que se han movido, asentado y adaptado al país al menos durante veinticinco mil años. Y la historia no termina con los colonos sino que otra ola, esta vez desde el sur, se extiende hoy por el país. Hay para West una tercera vía menos definida pero muy prometedora, que considera las dimensiones emocionales y psicológicas de la historia del Oeste, las respuestas humanas a sus peculiares escenarios físicos y sociales. Mientras que los dos primeros enfoques ven la historia del Oeste desde arriba hacia abajo y desde abajo hacia arriba, este otro mira desde dentro hacia fuera.

19. West: «A Longer, Grimmer, but More Interesting Story», en *Trails: Toward a New Western History,* p. 103-111.

Por último, en esta revisión de ensayos incluidos en *Trails,* Brian W. Dippie [20] comienza con la idea de que la historia del Oeste hoy día, como el propio Oeste, no es lo que era. Los viejos temas se desvanecen, la antigua cronología se desmorona. Señala la impresionante distancia de cien años respecto de Frederick Jackson Turner, y de acuerdo con el carácter historiográfico del ensayo, revisa la obra de otros autores (Pomeroy, Lamar, Nash) hasta llegar a Limerick. Dippie se fija en el libro de Roger Nichols [21] para advertir que si los historiadores actuales no son capaces de cambiar su foco, énfasis e interés hacia cuestiones que no se consideraron importantes hace un siglo, este campo académico está condenado como los dinosaurios a la extinción. Dippie recoge algunas de las posibilidades que ha señalado Nichols, como son la historia comparativa e interdisciplinaria, movilidad geográfica, económica y social, y los procesos de creación de comunidades; clase, raza, género y etnicidad; actividad empresarial y problemas laborales. Es decir, la materia de la nueva historia social. Y añade otros temas que merecen estudio: educación, familia, medio ambiente, tecnología, ocio, historia legal. En sus párrafos finales, Dippie advierte que un mal persistente no se cura con remedios corrientes. Los historiadores del Oeste siguen convencidos de que su campo está en crisis y el final próximo. Hay un sentimiento de inferioridad, situación muy diferente a lo que ocurría en los tiempos en que Turner ocupaba una cátedra en Harvard y la frontera definía la historia nacional. Los historiadores del Oeste piden perdón, están a la defensiva, se sienten inseguros de su legitimidad. Los historiadores que se pasan la vida estudiando las variantes y las extravagancias del puritanismo del siglo diecisiete, o ponen un pueblo de Nueva Inglaterra bajo el microscopio, no sienten compasión al descalificar a los historiadres del Oeste como provincianos y al calificar a sus intereses de glorioso anticuarianismo. Al finy al cabo, *cowboys* e indios.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

He apuntado en este trabajo a varios objetivos que, por supuesto, demandan otras ocasiones y más espacio para su adecuado tratamiento. En primer lugar, he señalado la importancia que la frontera, o avance hacia el oeste, ha tenido en la historiografía norteamericana. El gran punto de partida fue la comunicación de Frederick Jackson Turner leída hace un siglo ante la American Historical Association. De esta corriente bibliográfi-

20. Dippie: «American Wests: Historiographical Perspectives», en Trails: Toward a New Western History, p. 112-136.

21. Roger L. Nichols: *American Frontier and Western Issues: A Historiographical Review,* Greenwood Press, Wesport, Conn., 1986.

ca he destacado, por un lado, la persistencia de la frontera como uno de los temas centrales de la historia de los Estados Unidos; por otro, las crisis que ha atravesado esta historiografía hasta coincidir el final de siglo con algo más que una crisis, pues parece que se trata de una revolución.

Tras esta realidad historiográfica descubrimos unas cuantas características que, como decíamos al principio, son casi tan ricas en conclusiones como los propios hechos; no en vano, la historia está escrita por seres humanos que son hijos de su tiempo y miembros de una sociedad y una cultura. En este sentido, el primer dato a subrayar es el carácter *doméstico,* nacional, de la historia del Oeste, escrita casi exclusivamente por autores norteamericanos y dirigida a su propio público, aunque el tema del Oeste se haya hecho universal a través de la literatura y, en especial, del cine. Una segunda característica, muy unida a la primera, es el fuerte etnocentrismo de una historia no sólo escrita por anglos sino vista desde su exclusivo y excluyente punto de vista. Es la historia del avance del hombre blanco procedente de Inglaterra y de Europa central que se tropieza con grupos indígenas que le estorban en su camino y proyectos. Más adelante, el encuentro se produce con españoles que por generaciones habitaban unas tierras que el pionero anglo consideraba vacías o de libre disposición (la idea de Turner de *free land).* Tanto indios como españoles provocan el desprecio de los colonizadores anglos, y esta actitud influye de tal manera en los académicos que sus historias terminan reflejando y difundiendo estos mismos sentimientos de discriminación.

En este clima general, apareció en la década de 1920 Herbert Eugene Bolton, creador de historia de las *Spanish Borderlands,* bajo cuya denominación incluyó los territorios de los Estados Unidos que habían sido españoles, y por extensión, más teórica que práctica, los territorios vecinos de la República de México. A pesar de los esfuerzos de Bolton y sus seguidores, tan numerosos como notables, la historia de los territorios hispanos nunca se ha integrado en la *Western history* de manera efectiva y operante, y menos aún en la elitista *U.S. History o American history,* cuyos autores incluso se sitúan en posición de superioridad respecto de sus colegas de la historia del Oeste. En cualquier caso, Bolton y los boltonianos no sólo han sufrido una especie de aislamiento historiográfico, sino que la crítica se ha basado en gran medida en su explícita simpatía por la acción española encarnada en la Corona y en la Iglesia.

A finales de la década de 1960 se hizo notar la presencia de historiadores norteamericanos de apellido español, *hispanos o chicanos.* Este último término, muy vigente hace pocos años, hacía referencia a un fenómeno complejo, que rebasaba con mucho los límites académicos por su fuerte contenido social y político y su tono reivindicativo. Sin embargo, esta historiografía chicana o hispana no ha afectado de manera directa la historiografía de la frontera. Los autores mexicano-americanos (ciudada-

nos de los Estados Unidos) se ocupan especialmente de los territorios que México perdió a mitad del siglo pasado tras la guerra y la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo. Los autores mexicanos se ocupan cada día más de su frontera norte, pero sin entrar en territorio de los Estados Unidos. Además, unos y otros se concentran en tiempos tardíos o muy recientes, dejando bastante de lado el período colonial español, y prestando especial atención a los problemas propios y más vivos a un lado y otro de la frontera entre las dos repúblicas. Una frontera política, por cierto, cada día menos operante por ser cada día menos barrera social y cultural.

Como decíamos más arriba, dentro de la tradición historiográfica del Oeste es donde se están produciendo cambios por parte de la llamada *New Western History*. Entre los elementos de esta corriente destacan sus autores la preferencia del concepto de región sobre el fenómeno de la frontera como un proceso que fue cambiando de escenario desde su comienzo en las costas del Atlántico hasta alcanzar las del Pacífico. Estos regionalistas están interesados en delimitar el Oeste como región y dotarlo de una identificación clara como la que tradicionalmente han poseído Nueva Inglaterra y el Sur. Los miembros de la *NWH* buscan alternativas a las ideas de Turner y se muestran muy críticos ante las visiones ideales, románticas, idílicas que por tanto tiempo se han tenido del Oeste. En otras palabras, son fuertemente desmitificadores, y no es casualidad la frecuencia con que el término «mito» aparece en relación con el *American West.*

La historia del Oeste —principal escenario geográfico de la *frontera*— vive en estos años una revolución bajo el nombre de *New Western History,* cuyos principales elementos son una crítica, a veces feroz, de lo que fue la historia del hombre blanco; una denuncia de los excesos cometidos y una cierta defensa de la población indígena y de los españoles; un decidido empeño por añadir a la historia tradicional temas hasta ahora ignorados, o prácticamente descuidados, como el papel de la mujer, la familia, los grupos étnicos, las relaciones de los pioneros con el medio natural, lo urbano; una mayor atención a cuestiones más estrictamente culturales como educación y literatura. Y todo ello desde enfoques multidisciplinarios. En resumen, nuevos paradigmas para interpretar el Oeste no tanto como escenario del fenómeno de frontera sino como región bien identificada. Son también parte de esta *New Western History* la convicc ión de que el siglo veinte debe ser incluido en una historia que no acabó fines del siglo pasado, como afirmó Turner.

Esta revisión de la historiografía norteamericana invita a la reflexión desde el otro lado de la frontera geográfica e historiográfica. La primera y gran conclusión es que la América española, tan abundante y diversa en fronteras, no ha recibido, ni remotamente, la atención que los historiadores de los Estados Unidos han mostrado por su frontera. Esta afirma-

ción exige matizaciones y podemos aducir algunas explicaciones, pero siempre quedará el hecho de que no se ha desarrollado ni aplicado una teoría sobre fronteras que hubiera permitido, entre otras cosas, la comparación con la frontera de los Estados Unidos y con fronteras en otros continentes [22].

La historiografía española, con tan notables como escasas excepciones, no se ha interesado tampoco por los antiguos territorios españoles que hoy son parte de los Estados Unidos. Han sido los historiadores norteamericanos los que esencialmente han escrito la historia del Lejano Norte español, pero en el marco de la historiografía del *American West, y* desde un punto de vista inadecuado. El mismo Bolton decía de estos territorios que se trataba de la cola del perro, y podemos añadir que ni siquiera de toda la cola pues la frontera norte de la Nueva España comezaba en el siglo XVI poco más arriba de la ciudad de México [23]. Otra historia muy distinta, y complementaria en buena hora, se habría escrito de tales territorios si el panorama se hubiera visto de sur a norte, según el flujo real de la historia, partiendo de la cabeza hasta llegar a una cola más larga y más robusta de lo que parece desde los Estados Unidos. Esta historia habría sido la réplica a la épica del Oeste americano, y el contrapunto a una historiografía teñida por prejuicios y estereotipos que perviven en el tiempo y calan en la sociedad norteamericana a través de los libros de texto, ya sea por comisión u omisión. Coyunturas favorables, como el revisionismo de la *NWH y* su atención a los indios y a los españoles (es decir, a los que no son anglos), pueden ser estímulos par ir llenando un vacío donde sólo hay meritorios esfuerzos individuales.

22. Jiménez: «La frontera en América. Observaciones críticas y sugerencias», citado en nota

23. Jiménez: «El Lejano Norte español: cómo escapar del *American West* y de las *Spanish Borderlands»,* citado en nota I.